



Emerson y Dickinson. Formas políticas y literarias del trascendentalismo filosófico

Aldo Fresneda Ortiz

Universidad de Murcia

aldo.fresneda@um.es

Resumen: el trascendentalismo filosófico norteamericano de mediados del siglo XIX es el primero de los movimientos filosóficos de raigambre americana. Influido por el individualismo y por la Iglesia Unitaria, este movimiento desarrolla una particular manera de entender la unión entre el ser humano, Dios y la naturaleza. Debido a que el ser humano es agente activo del universo, las manifestaciones políticas y artísticas serán acordes a esta tendencia individualista. En este sentido, a lo largo del artículo indagaremos en la influencia del trascendentalismo filosófico a través de la obra de dos autores: Ralph Waldo Emerson y Emily Dickinson, sacando a la luz las influencias existentes entre las distintas disciplinas.

Palabras clave: trascendentalismo, política, literatura, Emerson, Dickinson.

Abstract: The American philosophical transcendentalism mid-nineteenth century is the first of the philosophical movements of American roots. Influenced by individualism and the Unitarian Church, this movement develops a particular way of understanding the union between man, God and nature. Because the human being is an active agent of the universe, political and artistic events will be in line with this individualistic trend. In this sense, throughout the article we will investigate the influence of philosophical transcendentalism through the work of two authors: Ralph Waldo Emerson and Emily Dickinson, exposing existing influences across disciplines.

Keywords: transcendentalism, politics, literature, Emerson, Dickinson.

I Heard a Fly buzz –when I died–

The Stillness in the Room

Was like the Stillness in the Air–

Between the Heaves of Storm–

(Emily Dickinson, 1960, p. 465)

1. Introducción

Investigar los nexos que unen los diferentes ámbitos de conocimiento es siempre enriquecedor. Más aún cuando se trata de analizar los cauces por los que transitó el primer movimiento filosófico de origen norteamericano: el trascendentalismo. Este movimiento filosófico, surgido en los territorios americanos de mayor antigüedad, como la zona de Nueva Inglaterra, en el seno de la Iglesia Unitaria, supone una reflexión sobre la forma en que el ser humano se relaciona con Dios y con el universo. Para este movimiento filosófico, la unión entre estos tres elementos -Dios, el universo y el individuo-, es la clave para entender la nueva espiritualidad. Se trata de un nuevo individualismo, sustentado en la interconexión del hombre con la naturaleza, basado en la identificación del primero como parte de la naturaleza y parte de Dios. Desde Emerson hasta Thoreau, el trascendentalismo ha ido evolucionando hasta la gestación *The Dial*.

A lo largo de nuestro artículo perseguimos dos objetivos: en primer lugar llevaremos a cabo un breve recorrido por el movimiento trascendentalista; en segundo término, vamos a indagar en dos de las formas de cristalización de este movimiento filosófico a través de los textos de dos autores claves para la comprensión de este movimiento. La selección de textos que hemos incluidos comprende dos textos canónicos de Ralph Waldo Emerson –*El espíritu de la Naturaleza y Fortuna de la República*– y la poesía de Emily Dickinson. Consideramos que ambos géneros, el ensayo político-filosófico y la poesía, dejan ver los rasgos fundamentales del trascendentalismo.

2. El trascendentalismo filosófico

El concepto de trascendentalismo dentro de la Filosofía (*Stanford Encyclopedia of Philosophy*, 2009), hunde sus raíces en el Romanticismo alemán a través de las

Por lo que respecta al trascendentalismo, su máximo representante fue Ralph Waldo Emerson, ensayista americano de comienzos del siglo XIX, que defendía el planteamiento trascendental como *an original relation to the universe* (Nature, 1836), es decir, un nuevo tipo de relación entre el hombre y el universo. Emerson desarrolla gran parte de su pensamiento filosófico a través de su obra *Nature*. La misma está compuesta por una serie de ensayos ordenados –aunque con apariencia caótica–, que tratan sobre la relación del hombre con el Universo. Para el análisis de la obra de Emerson, no obstante, emplearemos la traducción posterior de su obra, denominada en nuestro país *El espíritu de la naturaleza* (1998). Como hemos observado, la principal preocupación del autor americano es definir los vínculos que se establecen entre el ser humano y la naturaleza y de qué forma estos vínculos cambian algunos conceptos clave de la vida del hombre. Para ello, el autor se preguntará por la etiología última que da lugar al mundo (Geora Santos, 2016) y establecerá que la finalidad última sólo podrá ser lograda atendiendo a cuatro usos: la comodidad, que consiste en la capacidad que tiene el hombre de dominar la naturaleza para atender a vida práctica; la belleza, entendida esta como la aspiración al perfecto orden de las cosas basado en una disposición divina; el lenguaje, que sirve para comunicar el estado de la mente y acerca al ser humano a Dios; y la disciplina, la cual dicta que el hombre debe acudir a su voluntad para extraer el conocimiento de la naturaleza.

Para Emerson (1998), la Naturaleza o Universo están compuestos por dos pilares básicos: la naturaleza y la idea de Dios. A su vez, la naturaleza se entiende desde dos perspectivas: una general, compuesta por los componentes climáticos y biológicos del medio en el que nos encontramos; y otra filosófica, entendida como una dimensión espiritual propia y ajena al mismo tiempo al ser humano. Para el autor, la clave ontológica es la armonía que debe establecerse entre estos tres factores. Se sostiene que debe existir un equilibrio entre esta tríada de elementos, a través de la comprensión y del sentido común, que permitirán aunar las diferentes partes de la realidad. Más aun, Emerson defiende que, como en el caso de la tríada cristiana, donde padre, hijo y espíritu santo son uno y tres al mismo tiempo, la relación que une al individuo con Dios y con la naturaleza es también tridimensional. Encontramos un sujeto situado al mismo nivel que las entidades mayores –la Naturaleza y Dios– en las que se enmarca y adquiere su sentido. A este respecto, Emerson afirmaría lo siguiente en *El espíritu de la naturaleza*:

Las generaciones anteriores miraban cara a cara a Dios y a la naturaleza; nosotros lo hacemos a través de sus ojos. ¿Por qué no habríamos de entablar también nosotros una relación original con el universo? ¿Por qué no habríamos de tener una poesía y una filosofía que sean fruto de nuestra propia visión y no de la tradición, y una realidad que nos sea revelada a nosotros, en lugar de ser la historia de la revelada a ellos?

El espíritu de la naturaleza, 1998, p. 2

De este modo, el proceso de conocimiento es más una remembranza de un conocimiento que ya tenemos dentro de nosotros que la gestación de un conocimiento nuevo. Nuestra aspiración ha de ser la crear un conocimiento nuevo, que beba de nuestro entorno y de nosotros mismo. La idea que subyace en las palabras del autor americano es que ni el universo ni Dios son ajenos al individuo. Por ese motivo, debemos cambiar nuestra perspectiva a la hora de relacionarnos con la realidad, entendiendo que esta es parte de lo que somos. El hombre no es un mero espectador de la realidad que le rodea, sino que ambos están interconectados. Así, por ejemplo, los diferentes estados de ánimo cambian nuestra percepción del medio físico en el que nos encontramos, alterando la idea de belleza únicamente en virtud del estado del espíritu, lo que Emerson refiere como que "la naturaleza tiene los colores del espíritu" (1998, p. 4).

Por otro lado, el lenguaje, sistema de representación simbólico del pensamiento, es entendido por Emerson como el cauce ideal que permite relacionar al hombre con la naturaleza. Para ello empleará el siguiente silogismo: las palabras son signos de fenómenos naturales. A su vez, los fenómenos naturales son signos de fenómenos particulares con un mayor nivel de concreción, por lo que se puede concluir que la naturaleza es un símbolo del espíritu. Mas allá de que no estemos de acuerdo de forma íntegra como alguna de las premisas que conforman la cadena lógica de este silogismo, lo cierto es que resulta evidente la relación propuesta por Waldo Emerson entre el individuo y la naturaleza.

Además, dentro de *El espíritu de la naturaleza* (1998), aunque se reconoce la uniformidad existente entre individuo y naturaleza, también se entiende que esta última es subsidiaria del primero, concretamente de su pensamiento. Así, es el pensamiento del hombre –dentro del cual se incluye su estado de ánimo– el que da forma a la realidad; el hombre es el nuevo creador del universo, situándose como un dios terrenal, agente y no

paciente de los acontecimientos del mundo. En este sentido, hay que reconocer el atrevimiento que tiene este pensador a la hora de equiparar al ser humano a la figura de Dios a mediados del siglo XIX, ya que para Emerson el ser humano es un agente activo del mundo, no un mero espectador, y por lo tanto tiene la capacidad fáctica de alterar la naturaleza, papel reservado por el catolicismo tradicional exclusivamente a la figura de Dios. Podemos entender este atrevimiento si tenemos en cuenta, como señala Geora Santos (2016), que el pensador se formó dentro de la corriente conocida como *godless*, promulgada sobre todo en la Universidad de Harvard -lugar donde se formó el autor de Nueva Inglaterra-, que pretendía crear una nueva religión, cuestionando las bases que habían sostenido la religión católica a lo largo de mil novecientos años. Esto lo acerca y lo aleja al mismo tiempo de movimiento con una fuerte repercusión político-social en su época, como el Creacionismo (Camurati, 2016).

La relación que une los diferentes aspectos de la realidad hacen que la filosofía trascendentalista crea en el destino prefijado del ser humano y en la explicación de los acontecimientos que tienen lugar en el mundo de un modo natural: "Debemos confiar en la perfección de lo creado y saber que, sea cual fuere la curiosidad que el orden de las cosas despierte en nuestra mente, el orden de las cosas podrá satisfacerla" (1836, p. 2). Se trata pues de una confianza absoluta en la armonía como característica mediadora entre las facetas de la realidad y de una renuncia necesaria para entender la realidad. Si bien no se da una renuncia a la comprensión por parte de la teoría trascendentalista, si existe una confianza necesaria en Dios; no olvidemos que la filosofía trascendental no deja de ser parte del unitarismo cristiano.

En los párrafos anteriores hemos expuesto las nociones esenciales del trascendentalismo filosófico defendidas por Emerson en *El espíritu de la naturaleza* y consideramos que es necesario esbozar de forma somera las claves de este movimiento filosófico:

- El individuo mantiene una relación original con el universo; una relación que sitúa al individuo en el mismo nivel que la naturaleza y que la idea de Dios.
- La ambición última de la filosofía trascendental es encontrar la etiología que explica el universo. Para ello, se proponen cuatro causas: la comodidad, la belleza, el lenguaje y la disciplina.

- La comodidad le sirve al hombre para controlar de un modo pragmático a la naturaleza.
- Es mas, el individuo influye en la naturaleza, pues esta se ve condicionada en función de los pensamientos del primero.
- El lenguaje es una suerte de catalizador entre el pensamiento y la naturaleza, es el medio que permite aprehender la realidad al ser humano.
- La disciplina o voluntad es una condición necesaria para que el individuo sea capaz de relacionarse adecuadamente con la naturaleza y controlarla.
- La comprensión de ciertos acontecimientos de realidad no puede encontrarse sino posteriormente a la propia experiencia.

Dadas las líneas maestras que hemos esbozado sobre la filosofía trascendentalista, podemos buscar las manifestaciones particulares en que cristaliza dentro de otros dos ámbitos intelectuales y públicos en la misma época: la política y la literatura.

3. Formas políticas trascendentales en la obra de Ralph Waldo Emerson

*La revolución no es la obra de hombre alguno,
sino la efervescencia eterna de la naturaleza*

Emerson, 2000, p. 214.

¿Cómo se materializa un movimiento filosófico basado en la comunión del hombre con la naturaleza, en el control del individuo sobre la colectividad y sobre el universo? Ya hemos apuntado que la relación entre individuo y naturaleza es un punto clave dentro de la filosofía del autor norteamericano y hemos observado en su obra la defensa que lleva a cabo sobre la capacidad que tiene el hombre para actuar en la naturaleza. Al mismo tiempo, también sabemos en este punto que la idea de naturaleza de Emerson es algo mucho más amplio que el propio medio natural; se debe entender como todo el universo físico y espiritual que nos rodea. Así, el hombre tiene la obligación de relacionarse con el mundo para extraer lo mejor posible del mismo, lo cual significa mejorarlo en todos sus ámbitos, entre los cuales el de la política no queda exento. A propósito de esta reflexión, Emerson apunta que:

Si un hombre no hace la naturaleza y la vida más felices para nosotros, mejor sería que no hubiera nacido. Cuando el economista político tiene en cuenta a las clases improductivas, debería poner a la cabeza la clase de los que se compadecen a sí mismos, imploran simpatía y lamentan desastres imaginarios

La conducta de la vida, 2004, p. 132

En las páginas sucesivas intentaremos analizar las principales nociones de su pensamiento político, basándonos en una de sus obras, *La conducta de la vida*, y uno de sus más célebres ensayos de contenido político, “Fortuna de la República”. El texto donde Waldo Emerson expone de un modo más claro el conjunto de pensamientos políticos que provienen de la filosofía trascendental es “Fortuna de la República”. En el ensayo aparecen esbozadas las ideas básicas de su teoría política: la importancia de la independencia de los políticos, el lugar del que debe emanar la soberanía nacional o cuáles son los riesgos ante los que se encuentra el sistema democrático –sobre todo referida a la falta de identificación entre los ciudadanos y sus representantes políticos–.

En primer lugar, no hemos de olvidar que el trascendentalismo filosófico es una forma evolucionada del individualismo, lo que supone considerar la voluntad de un hombre particular por encima de las colectividades. Si extrapolamos este planteamiento filosófico a la política, encontramos reflexiones por parte de Waldo Emerson como la siguiente:

En nuestra política popular, se puede comprobar que todo aspirante que se eleva por encima de la multitud, por mucho que al principio cumpla su obediente aprendizaje en las tácticas de partido, si tiene sagacidad, pronto aprende que no es, en ningún caso, por obedecer a la vulgar veleta de su partido, a sus resentimientos, temores y caprichos, por lo que consigue el auténtico poder, sino que debe a menudo enfrentarse y resistir al partido, atenerse a tal resistencia y amedrentarlo; que el único derecho al respeto permanente y a nuevos partidarios consiste en ver por sí mismo cuál es el verdadero interés público y abogar por él; este es un principio, y todos los aplausos y silbidos de la multitud deberán luego acomodarse a él. Nuestra época proporciona fácilmente muy buenos ejemplos.

Fortuna de la República, 2000, p. 206

Así, Waldo Emerson aboga claramente por el individualismo dentro del ámbito político. Como nuestra intención también es dilucidar de qué modo puede traslucirse esta

reflexión en el marco de la vida política en la actualidad, extrapolaremos los principales aspectos en los que podría reflejarse la teoría de Emerson. De este modo, se puede deducir, por ejemplo, que el pensamiento del autor es claramente contrario a la dinámica de partidos en el entorno parlamentario. Esto es, Emerson defiende la individualidad de cada uno de los representantes de la voluntad popular dentro de las votaciones parlamentarias. El siglo XIX sin duda queda ya muy lejos; sin embargo, mas de ciento cincuenta años después, aun es una quimera que no todos los miembros de un grupo parlamentario apoyen las mismas iniciativas parlamentarias. De hecho, aquel miembro de la clase política que manifiesta su descontento con los planteamientos o iniciativas de su partido rápidamente es defenestrado por el mismo. El fragmento, claramente un alegato en favor de la defensa de las convicciones individuales, es absolutamente válido en la sociedad actual, donde reiteradamente quedamos asombrados ante las formas de actuación de la clase política, claramente poco humanizada. Asimismo, sigue sin entenderse en las sociedades modernas la inexistencia de una segunda vuelta en las elecciones nacionales de algunos países occidentales, entre los cuales se incluye España.

La individualidad en el seno de la política ha sido denostada hasta unos niveles alarmantes. Conviene recordar también los famosos “argumentarios” de cada uno de los partidos políticos, que homogenizan el pensamiento, pretendiendo proyectar un pensamiento único estandarizado y válido para todos los miembros que se adscriban al partido; por lo que se corre el riesgo, como alega Emerson (2000, p. 208), de que “el partidista puede dejar de ser un hombre y convertirse en un sectario”. Sin duda, las palabras de Emerson resuenan vivamente a través de las paredes de la historia y nos hacen plantearnos los cambios necesarios en nuestro sistema político desde un punto de vista del individuo. Pretender separar al político, por mucho que se englobe dentro de las siglas de un partido, de su condición individual, es una simplificación que en nada ayuda al desarrollo de la sociedad y que debe desterrarse del ámbito político.

Nada nuevo bajo el sol y menos el ámbito político. Si creemos que el desdén actual de la sociedad hacia la clase política y la falta de sintonía con la misma están vedados a la sociedad actual, encontramos en la obra del autor americano reflexiones idénticas a las que hoy en día nos hacemos:

En este país, el intento de resistir a estos elementos, según se dice, ha de lanzarnos, no al gobierno del populacho, sino, en la práctica, al de una clase inferior de políticos profesionales, quienes, por medio de los periódicos y las reuniones electorales, ponen a su indigna minoría en el lugar de la vieja aristocracia, por una parte, y de la buena, industriosa, adoctrinada, pero alicorta población, por otra, alcanzan los puestos de poder y confieren su dirección a los asuntos

Fortuna de la República, 2000, p. 209

Comprobamos que Emerson denuncia la profesionalización de la política. Si recordamos que en su origen clásico —en *La República* de Platón— el político debía ser la persona más sabia y esta no tenía por qué pertenecer en su origen a la clase política, la noción del político contemporánea a Emerson que el nos describe en su obra se despega de la sabiduría; se crea una nueva clase, como antagonista al político del mundo clásico, un político que actúa en beneficio de sus propios intereses, mas no en beneficio de aquellos a quienes representa. El concepto de voluntad popular es el que articula el modelo político ideal defendido por Emerson. Así lo sostiene el autor (2000, pp. 207-208) a lo largo de su obra “el hecho de que el poder resida en el pueblo, como ocurre con las formas republicanas, tiene el efecto de mantener las cosas próximas al sentido común”. Para él, el poder debe, sin duda, emanar de la voluntad de los ciudadanos de cada uno de los estados, puesto que es la mayoría de la sociedad la que debe expresar sus demandas. Si no sucediera de este modo, existiría el riesgo de que la aristocracia dictaminara, como en el pasado, la forma de vida de los ciudadanos y ello sería fatal para la igualdad dentro de la sociedad: “la corte o la aristocracia, que siempre deben ser una pequeña minoría, pueden incurrir en locuras con mayor facilidad que una república, la cual tiene demasiados observadores —cada uno con un voto en la mano— como para permitir que las tonterías la vuelvan loca” (Emerson, 2000, p. 208). En palabras del autor (2000, p. 209), “el hambre, la sed, el frío, el llanto de los niños y las deudas” es lo que permite al pueblo estar en contacto con la realidad y por lo tanto le instituye como el mejor indicador de las necesidades que tiene la misma.

Sin embargo, aunque el pueblo es el mejor garante de la justicia dentro de las sociedades, se produce un situación contradictoria (2000, p. 211), ya que “el pueblo se despreocupa de la política porque no considera en serio la posibilidad de caer en las redes de la legislación. Se siente fuerte e irresistible. Cree que lo que ha promulgado lo

puede revocar si no le agrada”. El problema es, según Emerson, que la convicción del pueblo entra en conflicto con la realidad, ya que aunque el pueblo tenga la posibilidad de elección de sus gobernantes, estos están expuestos a otros agentes externos a la voluntad. “El poder económico golpea a las masas mediante los señores políticos” dice el filósofo en su ensayo (2000, p. 304). El autor observa las injerencias de poderes distintos al político dentro la vida pública; concretamente menciona a la influencia que pueden venir del ámbito económico e insta a los políticos a la integridad en el desempeño de sus funciones.

Sorprende la actualidad que las reflexiones de Waldo Emerson tienen en la sociedad actual. Sus reivindicaciones, en gran medida, son válidas para el contexto político que encontramos en pleno siglo XXI, lo cual no hace sino reafirmar las demandas que se producen en la actualidad. Además, se ha evidenciado que existen una serie de vasos comunicantes que unen la doctrina filosófica de Emerson con su teoría política; la armonía del hombre con la naturaleza, dentro de la cual es fundamental su relación con los demás hombres a través de las instituciones políticas que gobiernan a la totalidad de los individuos.

4. Cauces literarios trascendentalistas en la poesía de Emily Dickinson

La relación entre la disciplina que estudia el conocimiento, la Filosofía, y una de las manifestaciones artísticas que consiguen proyectarla al mundo exterior, la Literatura, parece un requisito de orden necesario dentro de una doctrina filosófica como el trascendentalismo. Recordemos que uno de los puntos esenciales de la teoría trascendental es el cuestionamiento acerca del orden de causas que explican el mundo. En este sentido, la tercera causa que apuntó Emerson (*El espíritu de la naturaleza*, 1998) era la lingüística. El lenguaje, manifestaba el autor, sirve para acercar el pensamiento, que es una manifestación del individuo, a la naturaleza y, a su vez, manipularla, situando al hombre en un plano cercano al de Dios. ¿Y qué es lenguaje sino la materia formal con la que se construye la literatura? Por este motivo, quizá sea desde el ámbito de la literatura, y aún más a través del género poético, donde podamos encontrar el mejor correlato artístico al planteamiento filosófico trascendentalista.

Dentro de la literatura del siglo XIX destaca por encima de muchas otras la figura de la poetisa estadounidense Emily Dickinson. La autora, a lo largo de su producción

poética, canaliza y expresa de diversos modos las ideas y conflictos propios de su época, donde la postura trascendentalista se erige como un tema fundamental.

Como defiende Fernández Ferrer (2014), Emerson sostiene en su ensayo *The Poet*, que el relato que el hombre construye de la realidad debe ser una sublimación de la existencia. En este sentido, el autor entiende que la poesía no debe estar subyugada a las formas métricas y rítmicas, ya que cada época debe construir sus propias estructuras. Esta es una de las características presentes en toda la obra poética de la autora norteamericana y es el primer punto de unión entre filosofía y literatura.

Por otro lado, hemos reiterado a lo largo de todo el estudio que la relación original que el hombre mantiene con la naturaleza es uno de los rasgos más característicos del trascendentalismo. En este punto, la poesía de Dickinson presenta una completa identificación con la noción de naturaleza propuesta por Emerson, que incluye no solo el conjunto de factores contextuales físicos y biológicos de la realidad, sino también la relación que el individuo mantiene con la realidad. El poema 668 (Johnson, 1960) de Dickinson da cuenta de esta identificación:

“La Naturaleza” es lo que vemos –
la Colina – la Mañana –
la Ardilla – el Eclipse – la Zumbante abeja –
Aun más – la Naturaleza es el Cielo –
La Naturaleza es lo que oímos –
El Tordo Arrocero – el Mar –
El Trueno – el Grillo –
Aun más – la Naturaleza es la Armonía –
La Naturaleza es lo que conocemos –
Todavía no tenemos el arte de decirlo [describirla]
Tan impotente es nuestra sabiduría
A su simpleza.

La naturaleza es el cielo y es la armonía. La naturaleza, por lo tanto, es parte del individuo; comunión del ser humano con el mundo. Y es más aún. La naturaleza es conocimiento, conocimiento que todavía no sabemos “decir”. Como estudiábamos en la filosofía trascendentalista, Emerson defendía que algunos aspectos de la realidad no se podían explicar sino con la propia experiencia vital, que es más completa que la capacidad humana que intenta dar respuesta a sus causas. Esta sublimación de la experiencia de la realidad por encima de las explicaciones que podamos encontrar a la misma hace que el hombre encuentre su punto de apoyo en las huellas presentes en el medio físico y en sí mismo, produciéndose nuevamente la unión entre el hombre y la naturaleza, como vemos en su poema 135 (*El viento comenzó en la hierba*, 2012).

El agua se aprende por la sed;

la tierra, por los océanos atravesados;

el éxtasis, por la agonía.

La paz se revela por las batallas;

el amor, por el recuerdo de los que se fueron;

los pájaros, por la nieve.

Se considera que la filosofía trascendentalista influyó principalmente en dos de las grandes figuras de la literatura norteamericana del siglo XIX: Walt Whitman y Emily Dickinson. Mientras que la obra de Walt Whitman articuló el pensamiento de su época elevando la voz y enfrentándose a la realidad de su época, la poesía de Emily Dickinson se caracteriza por el silencio. De este modo, otra de las claves que acercan la poesía de Emily Dickinson al trascendentalismo filosófico es el silencio. Dentro de la obra de la autora norteamericana (Chávez, 2007), el silencio es “cómplice con la naturaleza y trascendental” (2007, p. 62). Es un tipo de silencio armónica que armoniza con el espíritu del ser humano. Testimonio de este tipo de silencio es el poema 142 (*El viento comenzó en la hierba*, 2007) de la autora norteamericana:

¿De quién son estas camitas —les pregunté—

que en los valles están?

Algunas sacudieron sus cabezas

y otras sonrieron,
pero ninguna respondió.
[...]
Después, volviéndose con cuidado,
dijo: «Es su hora de dormir.
Los abejorros las despertarán
cuando estén los bosques rojos,
en abril».

Finalmente, la muerte es una de los temas más importantes dentro de la obra Emily Dickinson. El tratamiento propuesto por la autora sobre el tema de la muerte queda fielmente retratado en su poema 169 (2007) y casa de forma perfecta con la filosofía trascendentalista.

Mirar en la cajita de ébano, con devoción,
cuando los años han pasado,
sacudiendo el aterciopelado polvo
que los veranos han posado.

Levantar una carta hacia la luz,
oscurecida ahora, con el tiempo;
reparar las palabras desvaídas que,
como el vino, un día nos alegraron.
Y después, dejarlos reposar de nuevo,
y olvidarnos de ellos,
como si la cajita de ébano
no fuera asunto nuestro.

Influida por el pensamiento trascendentalista y por los propios problemas mentales que aquejaban a nuestra autora, la muerte no es entendida como una experiencia traumática por parte de Dickinson, sino como una consecuencia inexorable de la propia vida. Es la evolución de la luz que se convierte en sombra. El polvo en el que nos transformamos no es áspero ni zafio, sino aterciopelado, lo que dota a la muerte de matices positivos y redentores. Nos unimos a la naturaleza –esa misma naturaleza de la

que ya somos parte todos los seres humanos, según la teoría de Emerson– y en nuestra unión no hemos de sentir lástima por la vida que dejamos, sino alegría por las experiencias positivas que hemos vivido. La descripción de la tumba como una “cajita de ébano” es una de las muestras más evidentes de esta asunción dentro de la autora norteamericana: la muerte es un proceso natural dentro de la vida y dentro del orden divino de la naturaleza.

Como hemos observado, la impronta de las doctrinas trascendentalistas dentro de la poesía de Emily Dickinson se percibe de un modo nítido. Desde su unión natural con el mundo hasta la asunción de la muerte como un fenómeno natural, su obra está profundamente marcada por el pensamiento filosófico de su época. Dada esta influencia, consideramos que la lectura de Emily Dickinson es obligada por dos motivos: el primero de ellos es la indiscutible calidad literaria que encontramos en una autora del intimismo y la sutileza de Dickinson; por otro lado, hemos constado que es una fuente de gran valía para comprender la doctrina filosófica que caracterizó al siglo XIX americano, el trascendentalismo filosófico.

5. Bibliografía

Camurati, M. (2016). Emerson y el creacionismo. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante. Recuperado el 16 de mayo de 2016.

http://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/06/aih_06_1_035.pdf

Chávez, F. E. (2007). El silencio de Dickinson. *Revista Lectora*, Vol. 13, 61-68, Barcelona.

Dickinson, E. (2012). *El viento comenzó en la hierba*. Madrid: Nórdica libros.

Edward N. Zalta. (Ed.). (2009). *Stanford Encyclopedia of Philosophy*. Standford: University of Stanford.

Fernández Ferrer, A. (2014). *El trascendentalismo norteamericano y Ralph W. Emerson en la producción poética de Emily Dickinson*. Granada: Universidad de Granada.

Fernández Portero, I. (2012). La singularidad de las imágenes de la muerte en Emily Dickinson y Carolina Coronado. *Tejuelo*, nº 15, 63-85. Extremadura: Universidad de Extremadura.

Geora Santos, A. (2016). Yermo: la relación entre naturaleza y vida en los trascendentalistas americanos del siglo XIX. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.

Johnson, T. H. (ed) (1960). *The Complete Poems of Emily Dickinson*. Boston: Little, Brown &Co.

Recas, J. (1994). ¿Hacia un nuevo concepto de trascendentalismo? *Anales del Seminario de Metafísica*, n° 28. Madrid: Editorial Complutense.

A.A.V.V. (2009). *Stanford Encyclopedia of Philosophy*. Standford: University of Stanford.

Waldo Emerson, R. (2000). Fortuna de la república. *Res pública. Revista de Historia de la ideas políticas*, Vol. 5, 205-220.

Waldo Emerson, R. (1998). *El espíritu de la naturaleza*. Córdoba, Argentina: Errepar.

---. (2004). *La conducta de la vida*. Madrid: Pre-textos.